

IX.

Miguel miraba al *boulevard* henchido de transeuntes, la carretera surcada por carruajes, las tiendas brillantes, los kioscos iluminados, semejantes á enormes linternas chinas; y encima de todo aquel ruido, de aquella confusión, veía á las estrellas que centelleaban en un cielo azul blanquecino.

—Has llegado, como yo, amigo mío—añadió Gontran—al punto final del camino; ha sonado la hora de pararte y crearte un hogar.

—¿Tú? ¿tú te casas?

—Dentro de dos meses: eres la primera persona á quien se lo anuncio. Me casaré en Poitou con una muchacha muy buena, muy inteligente, ni demasiado liuda ni fea, piadosa sin ser devota, que no se burlará de mis dolores reumáticos si me los envían las noches que he dormido en la arena del desierto, lo que es probable, y que me ayudará á educar bien á mis hijos si los tuviere.....

—¡Adiós viajes, Gontran!

—Dalos por concluidos: estoy cansado, muy cansado..... He visto muchas cosas, muchas, y he

aprendido que nada vale tanto en este mundo como las colinas de Bellevue y los bosques de Viroflay. Eso es lo que realmente enseñan los viajes: á amar con vivo ardor á nuestro país, como las queridas nos impulsan á apreciar debidamente á la mujer propia..... Pero dime, Berthier—añadió Gontran tirando su cigarro—¿qué piensas hacer esta noche?

—Ya lo ves; hemos comido juntos.

—Bien. ¿Y después?

—Iré sosegadamente á mi casa, abriré un libro.....

—¿A esta hora? ¿si no son las diez? Has venido de corbata blanca, como yo; permíteme que no te deje.

—¿A dónde iremos?

—A casa de una mujer adorable, querido mío, la Baronesa de Rives, que ofrece un té á algunos amigos íntimos y arde en deseos de conocerte..... Sí, sí, á tí, á tí mismo..... Te diré: la Baronesa es una de esas mujeres que gozan hasta el delirio cuando logran poner en su álbum el retrato de una celebridad..... con una dedicatoria autógrafa.

—Pues la enviaré el retrato con la firma.

—¡Esas cosas tienen inmenso precio cuando las da la misma persona, el héroe! Conque ¿vienes?

—No.

—¿Por qué?

—Porque la Baronesa, á quien conozco perfectamente por su reputación, pasa por ser una de esas mujeres que me parecen detestables: ¡una mujer política! ¡una gran señora que hace las famas de la tribuna parlamentaria, como otras fabrican en sus salones las famas literarias y académicas! ¡Bah! ella es la *Madame de Warms* de los Pitt y los Chatam en agraz.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Pues sencillamente, hombres á quien ha querido seducir.

—¿Y que tal vez han resistido? ¡Malaventurados! La Baronesa de Rives es adorable. ¿Ves, Miguel, cómo se pierde el buen gusto en nuestra Francia?

—No es eso; lo que se pierde ó transforma, por lo menos, es la honradez.

Gontran se echó á reir.

—Pero ¿dónde diablos—dijo—has visto que haya ahí la menor cuestión de honradez? Si no fueses mi más íntimo amigo, te diría que el puritanismo, cuando se lleva á la exageración, ni vale ni prueba nada. ¿Qué serían las convicciones que flaqueasen con la sonrisa de una mujer hermosa?

¿qué sería la vida si tuviésemos que alejarnos de una recepción como la de la Baronesa, con el pretexto de que la gracia de la acogida no se acomodaría con las leyes de Dracón? Yo que he vivido, viviré y moriré en el amor absoluto de la libertad y del odio á todos los despotismos, ¿entiendes? yo te respondo de que no hay mujer alguna en el mundo que me haga cambiar de opinión ó desviarme un solo paso de mi derrotero. Lo que prueba, mi buen Miguel, que mi virtud es una buena muchacha, pero también, lo digo sin vanidad, una honrada mujer.

—Es verdad—respondió Berthier, seducido por franqueza tan gallarda.

Y añadió alegremente:

—Al hecho: Atenas bien vale Esparta.

—Conclusión—replicó Gontran de Vergennes:—voy á Atenas, y tú me acompañas.

—¡Un momento, diablo! También se me ha dicho que la de Rives era familiar de Compiègne.....

—Si va á Compiègne para divertirse, ¿la juzgarás por ello criminal?..... Porque parece que allí se divierten..... Pero se te ha engañado, porque la Baronesa no ha puesto los pies en el palacio imperial. No podría ponerlos sin su marido, y su marido..... ¡Ah, su marido!.....

—¿Qué? ¿está separada?

—De hecho, sí; legalmente, no. Es una loca de mucho talento, y según creo, de mucho corazón, que ha tenido la franqueza, no amando á su marido, de declarárselo.

—Y de probárselo, cuentan por ahí..... ó de probárselo á otros.....

—¡No sé nada de eso! Ya sabes que vengo del Congo, y la calumnia mundana todavía no ha pasado por allí.....

—¿Luego crees sinceramente que se ha calumniado á la Baronesa?

—Sinceramente. Pero, ven acá; ¿sabes tú cuál es mi *credo* absoluto? pues yo creo que no se debe creer en nada.

—Y su marido, ¿en qué cree?

—¡Véte á preguntárselo á él! Vive en provincia, en Berry, y nuestro amigo Varognier debe conocerle. Es hombre honradísimo, y se lisonjea de impulsar la agricultura por la vía del progreso; ha dejado el sol parisiense á su mujer, y él ha aceptado ó buscado la sombra de provincias. ¡Lleva quizás allí el luto de su amor!

—¡ Como Mr. de Montespán!

Y Gontran, cogiendo del brazo á su amigo y empujándole hacia la puerta, le dijo riendo:

—Ven, ven, triunfador; ven á ganar otros laureos y en uno de los más amables salones de París. Voy á hacer que conozcas á una mujer lindísima y á presentarle á ella lo que se llama «un hombre del día.»

—Sea. Pero dime: dentro de dos meses, cuando estés casado, ¿la presentarás tu mujer?

—¿Yo? ¿pues no te he dicho que pienso en vivir lejos de aquí, en Poitou? ¡Un lindo pueblo, diantre! Las mañanas y tardes de verano, un paisaje de Corot. Visitaremos al alcalde, al juez de paz, al notario, que está traduciendo las *Odas* de Horacio..... en versos alejandrinos..... Y ¡cuánto gozaremos con invitar á esas buenas gentes á jugar al dominó en nuestro viejo castillo!

Esta manera de responder, no contestando á lo que le preguntaba, excitó vivamente á Miguel, en vez de hacerle retroceder: deseaba ya ver de cerca á la Baronesa de Rives.

Por culto que fuese, por elegante que pudiera parecer, Berthier no ignoraba que existía más alto que él un mundo desconocido, un mundo cerrado al que con su renombre de orador republicano debía parecer algo muy temible, un poco salvaje, y no le desagradaba la idea de presentarse ante ese mundo y mirarle cara á cara.

Tampoco ignoraba, como había dicho á Gontran, que la Baronesa había atraído, según se murmuraba, al partido cuyo ideal extrañamente encarnaba un ideal todo concupiscencia, lujo, fiebre, á más de un hombre independiente y de talento: tal escritor de áticas crueldades, por ejemplo, cuyos artículos herían y entristecían al César, había dejado enmohecer sus flechas desde que fué presentado á la Rives, hasta parecer que ya no las arrojaba de punta, sino que acariciaba con la pluma á los que antes hería con el hierro.

—Vamos á casa de la Baronesa—dijo resueltamente.—¡Hasta mañana los asuntos serios!

Gontran miró por la ventana hacia el boulevard.

—Mi cochero está ahí—respondió.—En diez minutos nos llevará al boulevard Malesherbes.

—¿Boulevard Malesherbes?—repitió Dalerac aproximándose rápidamente á Gontran.—Apuesto á que vais á casa de la señora Baronesa de Rives.

—¿Pero todavía estáis ahí?—replicó Gontran.—¿Habéis acabado ya vuestro discurso?

—¿Por qué me preguntáis eso?

—Para rogaros que me presentéis, querido Vizconde—contestó Dalerac.—¡Ardo en deseos de ver de cerca á mujer tan distinguida!

Gontran vacilaba.

—No temáis nada—añadió Dalerac—porque tengo guantes nuevos y traigo en el bolsillo mi corbata blanca.

Y sacó de un papel satinado su corbata de batista, cuidadosamente plegada en cuatro dobleces.

—¡Dejadle ponerse la corbata!—dijo Miguel riendo.—¡Excelente! un segundo debutante en la misma noche.

—Venid, pues, Dalerac—dijo Gontran riendo también.—Precisamente mi berlina tiene bigotera.

X.

La Baronesa de Rives habitaba en el boulevard Haussmann, cerca de la Capilla Expiatoria, un amplio cuarto de primer piso, que había hecho amueblar en poco tiempo con mucho dinero y con esa *vanalidad* que caracteriza á los interiores sin carácter de nuestra época, menos suntuosos que las elegancias afeminadas del siglo XVIII, la severidad del reinado de Luis XIII y la exquisita gracia del Renacimiento.

La casa Bourtibourg y Compañía se había encargado de amueblar la magnífica habitación de la Baronesa, ni más ni menos que si se tratase de una sencilla *anónima*....

—En todos estos cuartos se encuentran siempre los mismos objetos—decía Gontran por el camino á Miguel;—y si se da carta blanca á los tapiceros y adornistas, no se podrá entrar en una casa sin encontrar allí un salón encarnado, una araña de cristal, los mismos jarrones de China y del Japón, los mismos barro cocidos de Carpeaux.... ¡Ah! te abandono el mobiliario de la Baronesa; pero ella, ella es una mujer adorable, muy parisien-se, muy práctica, muy astuta.... ¿Sabes cómo ha pagado la factura del tapicero?

—No.

Dalerac escuchaba atentamente, aparentando no oír lo que Gontran decía.

—Pues sencillamente haciendo dar la cruz de la Legión de honor á M. Bourtibourg, y transformando al mismo M. Bourtibourg, hoy retirado de los negocios industriales, en candidato á la diputación; y como él es rico, y *representa*, según se dice por ahí, le ha recomendado al Ministro de lo Interior, quien le ha recomendado al prefecto de Melun, quien le ha recomendado á los alcaldes,

guardas de campo y paisanos pudientes; y he aquí que Enrique Bourtibourg, antiguo tapicero, es hoy diputado—de la derecha, por supuesto—como tú eres representante del pueblo en la izquierda, lado del corazón.... Así, amigo mío, se fabrica un legislador y se paga al mismo tiempo la factura de un fabricante de butacas.

—Pues digo francamente que tu Baronesa de Rives....—empezó á decir Miguel.

—Mi Baronesa de Rives—interrumpió Gontran—es una mujer de la época: parisiense por la gracia, americana por el método, capaz de escribir un billete como Madame Sevigné, y de dar quince y raya como calculista al matemático Barême.

—Me hablas de una dama del gran mundo como si hablastes de una actriz de los Bufos.... ¿No es difícil, por lo tanto, hacerse amar de la Baronesa?

Dalerac aguardaba la respuesta con evidente curiosidad.

—¿Hacerse amar de la Baronesa?—contestó Gontran.—¡Difícilísimo! Creo firmemente que no ama á nadie, ni ha amado.

—¿Luego es un monstruo?

—¡Es tal vez un ángel!

—No comprendo una palabra—dijo Berthier sonriendo.—Eres demasiado parisiense para mí!

—Es que yo no la comprendo más que tú—replicó Gontran.—Es una curiosa, una mujer que se fastidia..... ¡Ah! ; cuando una mujer de su temple se fastidia!..... Pues bien; sobre ese fondo de carácter, pinta á tu gusto las excentricidades que te dicte la fantasía, y tal vez podrás entonces definir á la Baronesa. Ten entendido que su salón es de los más agradables de París, y que ella tiene verdaderos cortesanos: yo la he visto una noche rodeada de un presidente de República sudamericana, un cardenal, el jefe de los fenianos irlandeses, un ministro en ejercicio y tres ministros futuros, media docena de excelentísimos señores, pintores de renombre, miembros del Instituto, hombres de ciencia, cronistas de periódicos..... ¡Bah! te presento, amigo mío, en el salón de la Recamier.....

Al bajar del carruaje á la puerta de la casa de la Baronesa, Miguel parecía vacilar; pero Gontran le dijo:

—Vamos, Espartaco, déjate halagar por la tentación.

Y los tres subieron la escalera, alfombrada con rico tapiz.

—¿También esto se lo ha dado el diputado Bourtibourg?—preguntó Miguel con acento de burla.

—¿Y qué te importa esto?—contestó Gontran.

—Lo importante es—añadió Dalerac, que hundía sus pies en la alfombra—que el tapiz sea bueno.

XI.

Miguel Berthier, cuando entró en el salón de la Baronesa, experimentó la misma sensación que había manifestado Dalerac; las alfombras que holaba con sus plantas le parecían singularmente mullidas; sentíase transportado á una atmósfera nueva saturada de tenue perfume de heliotropo, que revelaba á la mujer antes de verla.

La Baronesa estaba medio tendida en un sillón bajo, de ancho respaldo, y á su lado se veía á un hombre gordo, de edad madura, colorado, ancho de hombros, con una cinta roja en el ojal del frac y con patillas bien recortadas y muy negras para que no hubiesen sido teñidas.

Levantóse la Baronesa cuando fueron anunciados el Vizconde y sus dos amigos, y Gontran hizo la presentación de éstos, demostrando en su acento

que Miguel era el verdadero presentado y que Dalerac entraba en el salón á manera de comparsa.

Miguel examinó rápidamente á la mujer que tenía ante su vista, sonriendo con extraña sonrisa, una sonrisa encantadora que la hacía levantar un poco el lado izquierdo del labio superior, dando más seducción, más picaresca gracia á aquella elegante fisonomía de joven rubia, esbelta, de airoso talle y lindos contornos: su cutis era admirable; sus dientes brillantísimos; su mano pura como un bello mármol clásico; todo su conjunto representaba el completo desarrollo de la mujer hermosa, de veintiocho á treinta años.

Vestía un traje de crespón de China, azul pálido, guarnecido de encajes blancos y lazos de azul más claro, que dibujaba provocativamente la esbeltez del cuerpo; en el ángulo de su corpiño, y sobre la gasa que mal encubría un pecho blanquísimos, juvenil, ostentaba una rosa natural; sus hombros desnudos parecían escaparse de un cuello de cisne, con suaves ondulaciones; su garganta surgía pura, sin adorno, elegante, incitando á besarla, del abierto escote; sus largos pendientes de diamantes y turquesas caían á los lados de las mejillas, delicadamente contorneadas.

Miguel se sintió fascinado por el conjunto de

aquella fisonomía, que hacía soñar, y encontró realmente encantadora á la linda Baronesa, al ser acogido por ella de la manera más amable, con ademanes y movimientos flexibles y seductores.

Sentáronse, y ella se reclinó en un sillón delante de Berthier; y mientras éste admiraba las líneas y los contornos deliciosamente demarcados de aquella hermosa mujer, y llegaban á sus oídos, á través de los portiers medio levantados, los acordes de un piano, ella exclamó riéndose, y como si hablase con alguien que estaba en otro salón y á quien no se veía:

—¿Habéis concluído de descifrar el *Chilperic*, Nadeja?

—Es su hermano Tancredo quien la incita á eso—dijo entonces el hombre gordo.

—¡Ah, mi querido Bourtibourg!—dijo la Baronesa con alguna ironía.—Tenéis dos hijos bien cumplidos.

—Sí, cada uno de ellos representa un millón que anda—replicó el padre, encantado de su obra.

Dalerac le contemplaba con respeto, y Gontrán, que cambió una mirada con la Baronesa, se mordía el labio para no reirse.

Esta se volvió entonces hacia Miguel y con sonrisa halagadora que descubrió sus dientes ad-

mirables, unidos y frescos como la nieve, le dijo:

—Hace mucho tiempo, caballero, que vuestra reputación me había dado el deseo de conoceros personalmente.

Berthier se inclinó y dijo:

—Esa especie de fama, señora, tiene tantos inconvenientes, que debe tener también sus compensaciones, y una de ellas es la simpatía desconocida que excita por nosotros en ciertos corazones, de la cual podemos felicitarnos pocas veces, porque desgraciadamente no la conocemos.

Estas frases de retórica enunciaban alguna vanidad que no podía ocultarse á una mujer como la Baronesa.

—El caballero Bourtibourg, diputado—dijo ésta presentando al hombre gordo y condecorado; — y puesto que ambos estáis destinados á encontraros en el Cuerpo Legislativo, y tal vez á combatir—añadió con su dulce sonrisa—estoy encantada de hacer el duelo menos terrible. Espero, señores, que os acordaréis, en los arrebatos de la lucha, de que antes os habéis saludado por vez primera en mi casa.

—Yo conocía de nombre á este caballero—dijo entonces Berthier; —porque os habéis presentado contra uno de mis amigos: Savignotte.

—¿Savignotte? ¡Ah, pobre diablo!—dijo Bourtibourg riendo á carcajadas por el estilo de un comisionista.—¡Le he hundido, aplastado! Pero entre Savignotte, un publicista, según él se titula, y yo, los electores no podían vacilar.

—Pues han vacilado mucho—dijo Miguel—y vuestra victoria es más completa por haber sido más disputada.

—Gracias al Gobierno—dijo riendo la Baronesa al ver el gesto de Bourtibourg.

—¡El Gobierno, el Gobierno! ¡Buenas cosas ha hecho allí el Gobierno, Baronesa!

—¡Oh, oh, Bourtibourg! No seáis ingrato: sin el ministro, sin el prefecto y sin mí....

—¡Eso es!—interrumpió el hombre gordo con mal humor—decidle á Mr. Berthier que mi elección merece anularse, y como diputado de oposición me tomará por cabeza de turco en los debates de actas.

—No, querido colega—contestó Berthier con acento ligeramente burlón—lo que se dice ante mí en casa de la Sra. Baronesa de Rives, es sagrado como una confidencia.

—Estoy encantada de ver que no me había engañado—murmuró la Baronesa.

—¿Engañado, señora? ¿por qué?

—Sí; porque yo sostenía que no erais tal como se me decía, un exagerado, un botafuego, un iconoclasta.....

—¿De veras? ¿quién os había dicho todo eso? Por mi honor os juro, señora, que no he llevado la cabeza de la Marquesa de Lamballe clavada en el hierro de una lanza.

La conversación se mantuvo largo rato con generalidades, cuando un criado, apartando el portier, anunció al Conde y á la Srta. de Morangis.

—¡Diablo!—dijo Gontran al oído de Miguel—ya puedes decir que tienes suerte: vas á ver á la niña más linda de París.

XII.

Levantóse la Baronesa, tendió su mano al Conde de Morangis, quien con la gracia de un cumplido caballero á la antigua usanza, se la besó galantemente.

Era Francisco de Morangis hombre de cincuenta años, alto, de fisonomía franca y demostrando altivez; par de Francia en el reinado de Luis Felipe, y par de Francia en la oposición; miembro del Instituto y legitimista acérrimo bajo el Imperio,

y se consolaba de las decepciones de la política con trabajos literarios que le habían valido una plaza de número en la Academia de Ciencias morales y políticas.

Era célebre especialmente por su obra *La Vida conventual en la Edad Media*, en la que había expuesto eruditamente los progresos que la civilización debe á esos monjes desconocidos que, buscando en el claustro un refugio contra las brutaldades de la fuerza, salvaron las letras y las artes en aquella época de guerra y exterminio; si bien el autor se olvidó en absoluto de enumerar todo lo que el pudor monacal ha destruído, averiado, devastado en manuscritos y obras antiguas.

Un lazo bastante estrecho unía á Mr. Morangis con la Baronesa: ésta era prima suya, una prima lejana que en otro tiempo fué su prometida, y á quien sinceramente había amado, procurando luego olvidar con los años aquel amor, para permanecer fiel á la memoria de la mujer que le había hecho padre de Paulina.

Esta era la niña de quien Gontran había dicho á Miguel, al oído; ¡«Vas á ver la muchacha más bella de París.»

Cuando ella entró en el salón, del brazo de su padre, delicadamente vestida con traje blanco

adornado de guirnaldas de rosas de matices pálidos, y una flor en sus cabellos castaños, con el rostro serio, sus ojos de azul oscuro sombreados por largas pestañas negras; cuando inclinó con expresión adorable al beso de la Baronesa de Rives su tersa frente, de una pureza grave que parecía ligera sombra de algún dolor prematuro, entonces sintióse Miguel impresionado con honda admiración, como delante de una estatua griega.

La mirada de la señorita de Morangis se encontró casualmente con la de Berthier, y fueron los ojos del hombre los que primero se bajaron; no porque hubiera en los de la niña algo de provocador ó atrevido, sino porque su misma tristeza y la penetrante luz que irradiaban les hacía parecerse á los de un juez.

—¡Cuán bella sois, querida Paulina!—exclamó la de Rives, después de haber contemplado á la señorita de Morangis.

Miguel Bethier estaba fascinado en la contemplación de las dos mujeres, tan diferentes y tan hermosas: la muchacha que permanecía seria y grave, como si la vida la hubiese hecho tropezar desde el primer paso, y la mujer que conservaba todavía, natural ó fingida, su sonrisa feliz y triunfante.

—¡Adorables las dos! pero ¿cuál es más bella?

Y él se contestaba á esta pregunta, imaginándose un duelo de pasión en que cada una de ellas, la Baronesa y la niña, sería llamada á tomar parte, y preguntándose luego á qué lado se inclinaría la victoria.

Cuando miraba á Paulina, á sus ojos azules y límpidos, su belleza de Diana impecable, se decía: «¡Triunfará!»; pero en seguida examinaba á la Baronesa, su sonrisa enigmática, su irresistible atractivo de cómica que ocultaba tanto encanto, y se respondía: «¡No, ésta será la vencedora!»

La impetuosa entrada de los dos hijos de Monsieur Bourtibourg cortó las reflexiones de Miguel: la señorita Nadeja, que había descifrado el final de *Chilpéric*, al oír la voz de Paulina, su compañera de convento, corrió al salón, seguida de su hermano Tancredo, pequeño, sonrosado, rubio, con mucha pomada en el pelo, el chaleco excesivamente escotado y una flor en el ojal primero de la solapa del frac; Nadeja tenía diez y nueve años y Tancredo veinticuatro. ¡Eran dos muñecos de alfeñique!

—¡Paulina!—gritó Nadeja, abrazando á la señorita de Morangis.—¡Qué contenta estoy de verte!..... Pero deja que te mire: ¡qué lujo! ¿te has hecho coqueta?

—No—contestó Paulina.

—Pues ¿quién te ha decidido á ponerte un poco á la moda, á tí que jamás te has ocupado en trapillos y blondas?

—¿Quién? nadie.

—¡Nadie, nadie! ¿Y Mr. de Morangis?

—Habéis adivinado, señorita—dijo Mr. de Morangis;— Paulina se ha engalanado por mí. Es menester agradecer á su padre, ¿no es cierto?

—Cierto, cierto—contestó Mr. de Bourtibourg.

—Ya lo oyes, Nadeja: he ahí el deber de una hija bien educada.

Mas la señorita de Morangis, al poco tiempo de haberse sentado, levantóse súbitamente y pidió permiso á la Baronesa para retirarse.

—Pero, Paulina—dijo la de Rives—aparecéis y desaparecéis en seguida..... Ayudadme siquiera á servir el té.

Paulina se excusó con gracia, diciendo que estaba fatigada y que era necesario presentarse, aunque sólo fuera durante cinco minutos, en casa de Madame de Pojerval, una amiga íntima que marchaba á Trouville; y el tono, aunque discreto, de las pocas frases que añadió Mr. de Morangis á la excusa de su hija, hizo creer á Miguel Berthier que se trataba quizá de algún proyecto de casamiento....

¡Qué idea! ¡No sabía él un cuarto de hora antes si Paulina existía!

La Baronesa besó á la joven y dijo:

—Os perdono, hija mía;—y dirigiéndose á Mr. de Morangis, añadió:—aunque Paulina habla sinceramente, es uno de esos ángeles á quien se debe pedir perdón.

A estas palabras—y Miguel lo notó—el semblante de Mr. de Morangis palideció intensamente; el Conde intentó sonreír y dar gracias, mas sólo se dibujó en sus labios una expresión de tristeza; parecía que su prima le había tocado en una herida secreta y mal cicatrizada.

—¿Qué será esto?—pensó Berthier.

Paulina saludó á la Baronesa, besó á la señorita de Bourtibourg, é inclinóse con gracia, dirigiendo una mirada circular, ante las demás personas que había en el salón.

Cuando hubo desaparecido como un ensueño de la fantasía, Miguel pudo oír que Gontran y Dalezac exclamaban á la vez:

—¡Adorable!

—¡Oh! mi prima es encantadora—dijo la Baronesa—y más rica que si fuese horriblemente fea. ¡Uno de los más buenos partidos que conozco!

—En efecto—dijo Bourtibourg, como hombre que intentaba hacer un negocio;— el Conde de Morangis debe tener muy regular fortuna.

—Cinco millones..... tal vez seis.....

—¿Y la señorita Paulina es hija única?

—Única.

La mirada de Bourtibourg buscó la de su hijo Tancredo, como para indicar al joven la pista que debía seguir.

—Y con esa fortuna—añadió la Baronesa— Mr. de Morangis es bien desventurado..... ¿Por qué? porque esa niña tiene horror al mundo, verdadero disgusto, y quiere sencillamente..... entrar en un convento.

—¿En un convento?

—Sí; es vocación decidida: mi pobre Paulina quiere ser monja.

—¡Pero todo eso es una novela!—dijo sonriendo Miguel Berthier, más asombrado que aparentaba estarlo.

¡Ah! ¡cómo se había borrado en su pensamiento el dulce perfil de Lia, perdido en una especie de penumbra, al lado de aquellas dos mujeres, la Baronesa, de sonrisa irresistible, y la bella y poética Paulina!

—¡Bah!—dijo riendo la de Rives.—La melan-

colía de Paulina sólo durará algún tiempo: hasta el día en que encuentre al hombre que deba amar. Después, nada de nieblas; ¡el sol espléndido! ¡Ah, señores! ¡qué hermosa misión para vosotros! ¡Quitar esa muchacha al convento y hacer latir de ventura su noble corazón! Los antiguos paladines no hubieran vacilado, prestando juramento de conquistar esa niña.

—Tanto más—añadió Gontran—cuanto que al cabo de la empresa están la manzana de oro y el tesoro encantado. ¡Cinco millones!

—¡Lo que es eso, no se encuentra á cada paso ni bajo la herradura de un caballo!—dijo Bourtibourg.—Mi hija y mi hijo sólo representan dos millones, y ya valen la pena.

Un criado llevó una mesita de té, con pastas y emparedados en bellos platos de Sevres que ostentaban el escudo de armas de la Baronesa.

Ésta sirvió el té, mientras Nadeja presentaba las pastas azucaradas con una dulce sonrisa; y cuando la Baronesa llegó á Miguel, ofreciéndole una taza, miróle con su enigmática sonrisa, acariciadora y agresiva.

Berthier sintió por vez primera la influencia poderosa, dominante del ojo azulado de aquella mujer, al mirarla entonces erguida delante de él,

como con su mirada, hubiera querido desafiarle, seducirle, adivinarle.

Miguel se estremeció, y la Baronesa tuvo entonces en sus labios y en sus pupilas un doble relámpago de triunfo.

¡Sentíase interiormente dominadora!

Desde el primer momento había clavado la llama de su mirada, como puñal agudísimo, en el corazón del joven diputado.

XIII.

Al poco rato la Baronesa, que había salido un momento, reapareció en el salón, llevando entre sus manos un lindo tintero, una pluma de oro y un cuadernito azul con cantos dorados.

—¡Bravo, Baronesa!—gritó Gontran entonces, en viendo el cuaderno.—El elegido de París está obligado á hacer paladinamente su profesión de fe.

—¿Qué queréis decir?—preguntó Miguel, que no comprendía.

—Después del suplicio del *Album*—dijo la Baronesa de Rives sonriendo con deliciosa malicia—no conozco otro tan desagradable como el del *Libro de las confesiones*.....

Miguel adivinó que se trataba de un autógrafo. ¡Estaba acostumbrado!

—He aquí de lo que se trata—dijo la Baronesa á Miguel:—es menester contestar á las preguntas escritas en este cuaderno, y contestar francamente.... Ya veréis que en mi *Libro Azul* hay personas muy notables que no han vacilado en consignar sus secretos: seguid ese ejemplo, Mr. Berthier; ahí tenéis pluma, tintero y una mesa..... Os damos cinco minutos para vuestra confesión.

Miguel hojeó maquinalmente el *Libro Azul*, no sólo para buscar respuestas gratas, sino para conocer las que sus predecesores habían escrito; y obedeciendo á la regla general, envolvióse en su propia austeridad, dejando adivinar lo cierto á través de este manto.

—Veamos—dijo la curiosa Baronesa cuando el diputado acabó de escribir.

Y tomó el cuaderno, acercóse á la chimenea, y á la luz de las lámparas, mientras Berthier, un poco pálido, miraba los dibujos de la alfombra, leyó en alta voz lo siguiente:

«—¿Cuál es vuestra virtud predilecta?—La fidelidad.

»—¿Cuál es vuestra cualidad favorita en el hombre?—La caballerosidad.